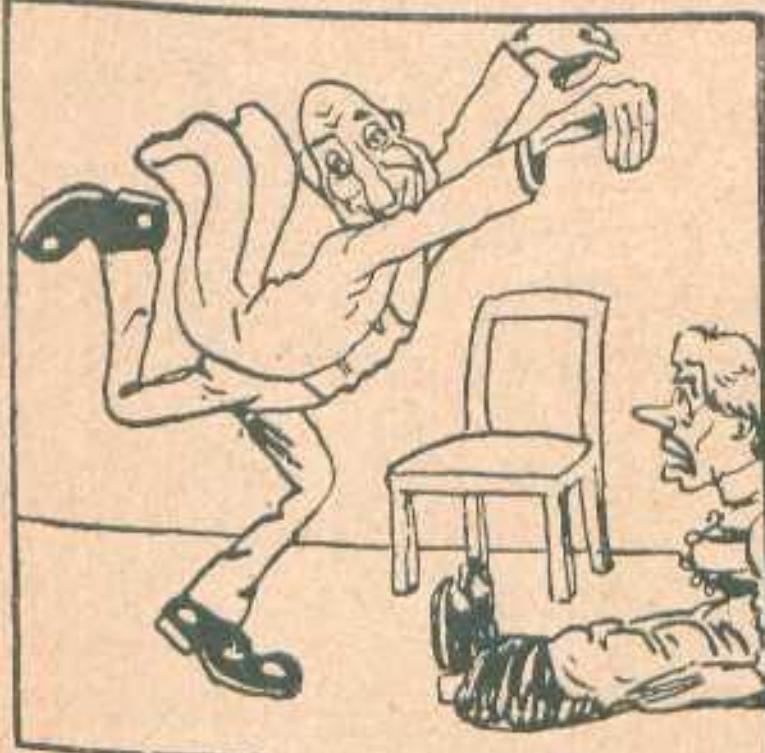
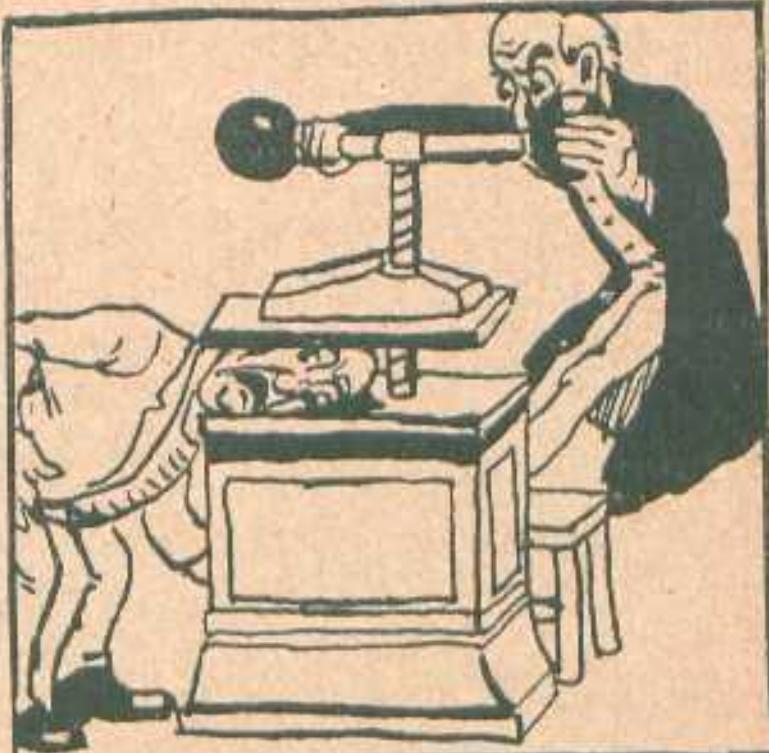


Un prodigo médico



El doctor Supino estaba alegre como un cabrío en el seno de la familia, porque había descubierto, después de 43 años de estudios bárbaros, un sistema para curar todas las enfermedades.



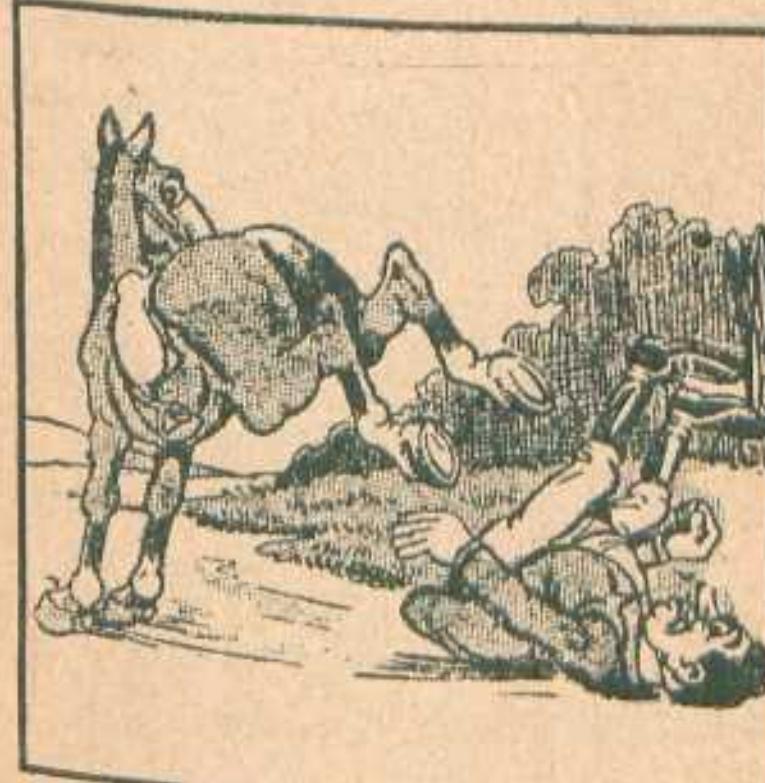
Se le presentaba un enfermo con la cara hinchada y le aplicaba el método de la compresión.



A otro, que se quejaba de pesadez de cabeza, se la aligeraba adelgazándosela.



Al conde de Gotha, que padecía de falta de apetito, pues apenas podía comerse para el desayuno más que un pollo y dos kilos de carne, le recomendó dar todas las mañanas 63 vueltas a su jardín, con paso gimnástico.



Inmediatamente, montar en un potro cerril para recorrer 15 kilómetros, parte sobre el animal y parte midiendo con esas costillas la verde pradera. Otros ejercicios análogos, y alimentarse cuatro días por semana de caldo de cascarones de huevo.



Pasado un mes de ese tratamiento, el doctor Supino dijo al conde: "Está completamente curado. Goza usted de una salud de caribe, lo que puedo afirmar ante todas las eminentes médicas de este continente y del otro".

"Si no fuera así", añadió aparte, "habría reventado con mi tratamiento, seguramente."

